inteligencia que no le fuera afín. Pero como los radicalismos casi siempre crean otros radicalismos, en la década de los treinta aparece la Universidad Autónoma de Guadalajara, institución privada que al poco tiempo se vuelve un organismo tan intolerante o más que su contraparte (franquista, fascista, anticomunista...) y que hostiliza, expulsa y persigue también hasta el más inocente signo de disidencia intelectual. Efraín González Luna, cofundador del Partido Acción Nacional y uno de los más connotados intelectuales católicos de este siglo, representa el caso del hombre de ideas que no encuentra cabida en el medio universitario tapatío.

En tiempos recientes, y luego de su triste posición progobiernista durante y después de los sucesos del 68, la Universidad de Guadalajara ha dado algunos pasos por el terreno de la tolerancia y la sensatez, pero no ha sido aún capaz de mirarse a sí misma y reconocer las desviaciones y los excesos del pasado —de un pasado no lejano— que aún pesan demasiado sobre su presente.

De la herencia que por fin parece querer rescatar la Universidad de Guadalajara, tres décadas de negación y barbarie, uno de los elementos más valiosos es sin duda el Colegio de Santo Tomás de Aquino, institución precursora fundada por los jesuitas en 1590. De ahí partió al exilio Clavijero en aquel funesto 1767 cuando, como afirma Zaid, la Nueva España quedó privada del liderazgo intelectual que pudo haberla llevado a la modernidad. Entre aquella pléyade de humanistas criollos estaba también un tapatío, el historiador Andrés Cavo, en cuya obra se encuentran ya las ideas seminales de la reivindicación de la nacionalidad mexicana y la independencia del país.

En un año atípico en el que no hubo mes que no lloviera, la laguna de Chapala pudo recuperar en gran parte sus niveles, castigados por un largo ciclo de sequía que se prolongaba ya por una década. Como contrapartida para el regocijo general, se padeció —sin que a la fecha se haya logrado nada para remediarlo— la peor plaga de lirio acuático de que se tenga memoria. Incontables hectáreas de un verde intenso se desplazan como balsas gigantescas. Esa plantita de flores moradas que, según reza la leyenda, don Mariano Bárcenas tuvo la peregrina idea de importar para el embellecimiento de la laguna, es un auténtico desastre para los pescadores. Por lo menos tenemos agua, aunque ciertamente no sólo haya caído del cielo. Algún resorte político tuvo que haberse movido para que, a lo largo de una cuenca sobreexplotada y contaminada, se permitiera que el Lerma trajera mayores caudales. La explosión demográfica en los estados ribereños, el deficiente manejo de las aguas y el monstruoso consumo de la ciudad de México siguen siendo las muy reales amenazas que pasan sobre el mayor lago de la república.

Construir una ciudad que sea fiel reflejo del modelo divino, morada plural y concorde, ámbito propicio a las más altas aspiraciones de los hombres... Podrían ser frases cercanas al ideario de Ignacio Díaz Morales (1905–1992, Premio Nacional de Artes 1989), arquitecto de Guadalajara. Con la muerte de Don Nacho —como le decían sus alumnos—, la ciudad queda huérfana de su más íntimo hacedor, de su apóstol más claro, y es que para Díaz Morales la arquitectura esa profesión de fe, ejercicio espiritual que se manifestaba sobre el mundo y daba forma al mundo. Uno de los mejores ejemplos, entre las obras que legó, es la cruz de plazas en el corazón de Guadalajara, a la que Octavio Paz ha comparado con una mano abierta. Mano y cruz, plenamente simbólicas, reunidas por virtud de la palabra y en la transitable realidad urbana. Con esta obra, Ignacio Díaz Morales caló hondo en el sentido de la vida comunitaria y en el de su propia vocación: el arquitecto dispone espacios que se abren al encuentro de los hombres, traza signos animados por una convicción interior, junta, en la soleada superficie de la cruz, la acción y el reposo, lo que es de este mundo y lo que ya deja de serlo.

En 1992 se cumplieron 30 años del juego más memorable en los anales del futbol tapatío: el Oro–Guadalajara del 20 de diciembre de 1962, con el campeonato de Liga por medio. Ambos equipos llegaban a su último compromiso de esa temporada en la cima de la tabla de posiciones. *Las Chivas* aventajaban con un punto a *Los Mulos*, por lo que les bastaba con un empate para alzarse con el campeonato; el Oro en cambio tenía que ganar. Lo histórico de ese juego se escribió en dos jugadas de antología. Al dominio de Guadalajara, el Oro respondió con un fulgurante contragolpe entre Amaury Epaminondas y Necco que terminó en gol. *Las Chivas* se volcaron contra la portería rival y, en un lance insólito, *el Tubo* Gómez abandonó su valla para, de certero testarazo, obligar al *Piolín* Mota, arquero de los áureos, a desviar la pelota lo suficiente para evitar el gol. Ambas jugadas viven aun en la memoria de aquellos que no vieron el juego. □

Carta de Copilco

Carta al (nuevo) rector

Guillermo Sheridan

...por ser dulcísima cosa el mandar
y el ser obedecido.
Quijote, 2, XLII.

C. U., a 30 de noviembre de 1992

Muy estimado señor rector: a pesar de que a la fecha no se sabe quién sea usted, siempre supe que era usted la persona idónea para ocupar tan alto cargo.

Si es usted el Dr. Sarukhán, acepte la seguridades de mi consideración más distinguida por haber sido reelecto. Si es usted otro, ignore las líneas anteriores y acepte las seguridades de mi consideración más distinguida por haber sido electo. (Si sí es usted el doctor Sarukhán, ignore las líneas anteriores). (Si no, ignore el paréntesis anterior). (Etc.)

Si revisa usted las actas del proceso de auscultación llevado a cabo por la Junta de Gobierno, comprobará que al ser auscultado me manifesté en el sentido de que el rector debía ser usted y nadie más que usted. Por favor no haga caso de la nota que señala que me pronuncié también en favor de los otros cuatro. Tengo testigos de que antes de enterarme de que fue usted (re)elegido declaré en diversos y abundantes foros, de manera espontánea y haciendo gala de mi amplia cultura: *ecce homo*...

Creo que usted y yo nos vamos a entender muy bien. Mire: a lo más que he llegado en la vida es a ser investigador definitivo "C". ¿Qué me queda por delante? Si en enero me abren un concurso cerrado (*sic*), y si soy capaz de ganarlo contra mi oponente (yo mismo), seré titular "A". ¡Ya pasada la mitad del camino de la vida seré *titular "A"*! Si me muero de pronto ¿cree usted justo que en mi diminuta esquela diga que lamentamos la muerte de un "titular A"? Lo único peor que eso es la perspectiva de llegar a profesor emérito a los 132 años de edad, cuando padezca de halitosis terminal. Ante tan sombrío panorama, usted también haría lo que voy a hacer ahora: solicitar de la manera más atenta que se le ponga un poco de *dolce* a mi *vita*.

La *vita* académica es muy ingrata. ¿Se acuerda? ¿Se acuerda de cuando no había quien le abriera el salón? Peor, ¿se acuerda de cuando *sí* lo abrían? ¿De lo que se tardaron en cambiar un foco? ¿De cuando se perdió su expediente? ¿Del trabajo que alguien perdió porque usted le caía gordo? ¿De cuando había que llenar informes? ¿De cuando veía llegar a titulares "C" a los ahijados de un poderoso, mientras usted no estaba ni bautizado? ¿De las mañanas dedicadas a buscar documentos probatorios? ¿Del relajo aquel cuando hubo un error (en contra) en su cheque? Lo que es más, ¿se acuerda de *el cheque*?

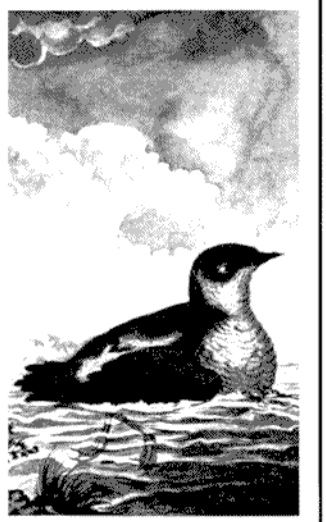
Por eso quiero proponerle algo. Es algo que me atrevo a proponerle después de reflexionar amplia, desinteresada y profundamente sobre los problemas de nuestra *alma mahler* y avalado por mi amplia experiencia como profesor e investigador: nómbreme funcionario.

¡Todos tenemos mucho que ganar: mi concesionario Chevrolet, el gerente de mi banco, mi corredor de bienes raíces, el dueño de "La Cava", mi agencia de viajes y hasta mi sastre, al que no tengo el gusto de conocer! Prometo que seré un buen funcionario. Va usted a estar muy orgulloso de mí. Yo sé que usted (ya ha estado) va a estar orgulloso de mí (con anterioridad) en el futuro, por ejemplo, cuando cada día del maestro (me mandaba) me mande su sincera felicitación engrapada a mi cheque.

Reconozco que mis calificaciones para ser un buen funcionario son escasas: si acaso, soy un especialista en poesía mexicana. Peor todavía: sólo en la poesía mexicana escrita en las tres primeras décadas de este siglo. Pero esta gravísima limitación se debe únicamente a que nadie me ha dejado nunca dedicarme a otra cosa, por ejemplo a la teoría y a la práctica de los ejercicios presupuestales de área. Estoy seguro de que si se me nombra algo sencillo, como director general interino adjunto de apoyos básicos, sorprenderé a propios y extraños con unas habilidades hasta ahora insospechadas. Sé firmar bastante bien. Estoy seguro de que a la hora de redecorar mi oficina no voy a tener la vulgaridad de poner un tapete verde limón. Como se ve al principio de mi carta, a la hora de reiterar las seguridades de mi consideración más distinguida sé distinguir perfectamente bien entre la más distinguida y la que no lo es tanto. Sé que la televisión Sony de cuarenta pulgadas que voy a mandar comprar va a caber en el muro. Por si fuera poco, sé cómo apretar los botones de una calculadora, en caso de que tenga que comprobar si mis bonos libres de impuestos están siendo debidamente depositados en mi cuenta maestra.

Quizá se interese usted por mi plan de trabajo. Antes que nada me voy a mandar hacer unos trajes. Después, me voy a conseguir uno de esos escuditos de oro para mi solapa, que siempre me han fascinado. Después, aprenderé a contestar el teléfono gritando "¡Mi estimadazo fulanazo!". Es obvio que me dedicaré a hacer amigos de futuro promisorio, es decir fuera de la Universidad (en la liga *pri*ple A), para planear las estrategias que nos obliguen a regresar a la cátedra o al cubículo hasta el año 2035. Después, elegiré a mis asistentes, consejeros, asesores y cuñados de entre los miles de amigos que voy a tener, incluyendo a mis enemigos. Un día de quincena voy a ir a Perisur a ver cómo hacen cola frente al banco todos esos pancreatólogos, ingenieros de minas y especialistas en el maximato. Organizaré comiditas, congresos, celebraciones y cónclaves. De vez en cuando iré a visitar a mis antiguoscolegas y les daré palmaditas en la espalda diciéndoles "¿Por qué no has ido a verme?". Quizá me cobre algunas cuentas pendientes. Por ejemplo, con el definitivo "B" Menchaca, que una vez descalificó un libro mío. Luego, nomás porque sí, pienso poner algunos faxes. Después, voy a ponerme a recibir invitaciones para ir a algunos lados. Luego voy a esperar que vengan a verme mis antiguos colegas para mandarles decir que ahorita estoy muy ocupado, pero que dejen sus teléfonos, siempre y cuando no se los hayan cortado (como a Menchaca). Como voy a ser bien famoso, concederé algunas entrevistas, unas por aquí y otras por allá. Luego, nombraré al encargado de escribir la historia de mi gestión y, finalmente, haré mi gestión.

Pero ¿sabe qué será lo mejor? Olvidarme de dar clases y de escribir. No se imagina usted lo espectacularmente agradable que me va a resultar no entrar más a un salón lleno de estudiantes ansiosos de saber por qué demonios González Martínez podaba su huerto y libaba su vino. Y, al enfrentar el pálido infierno de una cuartilla en blanco, no tener que dictar otra cosa más que *Mi muy apreciado fulano. En atención a su muy atenta de ayer sobre los nuevos presupuestos*... □



Diomedea edulans